

Todo el que quiera puede tener la vida abundante (primera parte)

«... yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Juan 10.10).

Jesús no vino para traer religión; vino para traer *vida*. La palabra «religión» se encuentra solamente cinco veces en el Nuevo Testamento, pero la palabra «vida» se encuentra 186 veces. «... yo he venido», dijo Él, «para que tengan vida». Muchos tienen religión, pero no tienen vida abundante. Los judíos buscaban un nuevo mundo; Jesús dijo: «Yo tengo una nueva vida». Los griegos se escondían en la erudición de los libros; Jesús vino diciendo: «Yo tengo un libro de vida».

De los veintisiete libros del Nuevo Testamento, el evangelio de Juan trata acerca de la vida. La palabra griega es *zoe*. Esta palabra se encuentra cincuenta veces en el evangelio de Juan. Casi al comienzo del libro están las palabras: «En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres» (Juan 1.4). Casi al final del libro están las palabras: «... éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre» (Juan 20.31). Me pregunto si hay una sola página del libro de Juan en la cual no se use la palabra «vida». Jesús dijo: «Yo soy el pan de vida» (Juan 6.35); «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida» (Juan 14.6); «... las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida» (Juan 6.63).

Juan nos asegura en su evangelio que esta vida no viene simplemente por deseo, sino por decisión (Juan 1.13). Él dará a quienes deseen recibirlo el poder para llegar a ser. Pero cada uno de nosotros debe elegir. Deseo analizar cuatro personas de los capítulos 3, 4, 5 y 9 de Juan a quienes se les ofreció esta vida abundante: Nicodemo, la samaritana, un paralítico y un ciego.

JUAN 3: NICODEMO

Nicodemo era un hombre de lo más impresionante. En el Nuevo Testamento, además de los apóstoles, es probable que no haya hombre más impresionante que Nicodemo.

«Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos» (vers.º 1). Este vino a Jesús de noche. Era inteligente. Era apto. Era un hombre de credenciales. El hecho de ser miembro del Sanedrín nos recuerda que había llegado a la edad de la madurez. Era de buen parecer, porque incluso este era un requisito. El hecho de ser miembro del Sanedrín nos dice que hablaba varios idiomas extranjeros. Tenía que ser alguien versado en la ley, la religión, las matemáticas, la astronomía y la medicina. Las personas más polifacéticas eran miembros del Sanedrín.

Vino a Jesús aquella noche, diciendo: «Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él» (vers.º 2). A uno le podría parecer que Jesús habría respondido con palabras de agradecimiento, sin embargo, de inmediato pasó a la esencia del asunto, y dijo: «De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (vers.º 3).

La respuesta de nuestro Señor tomó por sorpresa a este brillante hombre, y Nicodemo respondió: «¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?» (vers.º 4). Jesús sencillamente dijo: «Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es» (vers.ºs 6-7).

Lo que el Señor le dijo a este hombre fue

maravilloso. Fueron tres veces que el Señor le dijo a Nicodemo: «Os es necesario nacer de nuevo». Si usted y yo hemos de tener la vida abundante, debemos nacer de «agua y del Espíritu» (vers.º 5). ¿Qué se imagina usted que significan las palabras «de agua y del Espíritu»?

Hasta hace pocos siglos, casi nadie ponía en duda qué se refiere, en parte, al acto del bautismo. Es el testimonio de casi todos los dirigentes primitivos de la iglesia en el sentido de que «nacer de nuevo» se refería al bautismo. Agustín, Orígenes, Juan Crisóstomo, Justino Mártir e Ireneo lo creían así. De hecho, con la excepción de solamente una voz aquí y allá, prácticamente la totalidad del testimonio de los primeros mil años de la historia de la iglesia es en el sentido de que es una referencia al bautismo. Incluso Martín Lutero dijo: «Aquí está Cristo hablando del bautismo, de agua real y natural, el agua que una vaca puede beber». Los comentaristas modernos, no obstante, desean que el agua represente cualquier cosa y todas las cosas menos agua.

¿Cómo entendieron los apóstoles el nuevo nacimiento? No hay duda de que en el día de Pentecostés, cuando estas personas fueron bautizadas nacieron de nuevo. Entraron en el reino, y Juan dijo en el capítulo 3 que el nuevo nacimiento hace que una persona entre en el reino. Cuando los judíos oyeron el evangelio, ellos dijeron: «¿Qué haremos?». La respuesta fue: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hechos 2.38). Son dos condiciones las que están de por medio una vez que una personas da su vida al Señor en fe. Debe arrepentirse de sus pecados y luego ser bautizado en agua. Luego recibe, dijo Pedro, «el don del Espíritu Santo».

Jesús dijo a Nicodemo: «El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu» (vers.º 8). ¿Puede alguien explicar el viento? Por supuesto que no. ¿Sabe alguien con toda certeza de dónde viene el viento? No. Pero sí podemos saber cuándo es que el viento sopla al sentir su efecto. Jesús dijo a Nicodemo que él jamás llegaría a entender el nuevo nacimiento. Nadie podrá alguna vez explicarlo satisfactoriamente; pero, al igual que el viento, la voz del Espíritu Santo puede oírse y el efecto del nuevo nacimiento puede verse.

Deseara poder decirle qué le pasó a Nicodemo. En Juan 7 lo volvemos a ver nuevamente. Esta vez está valientemente defendiendo a Cristo delante

del Sanedrín. En Juan 19 lo encontramos una tercera vez. Cuando el cuerpo de Jesús fue sacrificado y bajado de la estaca de madera, dos hombres, José de Arimatea y Nicodemo, toman el cuerpo. Ellos lo ungen con sumo cuidado, lo envuelven en lienzos y lo sepultan. No volvemos a oír de Nicodemo después de este evento.

Conjeturo que en el día de Pentecostés, cuando se reunieron 120 personas en el aposento alto, Nicodemo estaba presente junto con el resto de las 119. A Nicodemo se le ofreció una nueva vida. El modo como usted la puede tener, dijo el Señor, consiste en nacer de nuevo. Aparentemente, fue a Nicodemo que Jesús habló estas hermosas palabras, el texto de oro de la Biblia: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (vers.º 16). Esto es lo que estaba diciendo: «Nicodemo, lo que te he dicho acerca del nuevo nacimiento puede parecer sencillo a usted, pero es algo que tiene un costo para Dios, y ese costo es la vida de Su hijo. La única manera como puedes nacer de nuevo y tener esta vida abundante, es por medio de que Dios dé Su Hijo en el Calvario».

JUAN 4:

LA MUJER SAMARITANA

«Vino, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, junto a la heredad que Jacob dio a su hijo José. Y estaba allí el pozo de Jacob. Entonces Jesús, cansado del camino, se sentó así junto al pozo. Era como la hora sexta. Vino una mujer de Samaria a sacar agua...» (vers.ºs 5-7). Esta mujer de Samaria era en todos los aspectos todo lo opuesto a Nicodemo. Para comenzar, era del sexo opuesto: Era mujer en una sociedad machista. Era de la raza equivocada: era samaritana, era parte de la raza mestiza que los judíos despreciaban. Era de la religión equivocada: adoraba en el sitio equivocado, en el monte Gerizim. Su estilo de vida era errado: Era una mujer de lo más inmoral. Sin embargo, cuando Jesús la vio, la vio como alguien que necesitaba la vida abundante.

Él dijo a la mujer: «Dame de beber» (vers.º 7). En primer lugar, a ella le causó asombro que Él le hablara, porque en circunstancias normales, en el Medio Oriente, una persona no le hablaría a una mujer en la calle. Además de esto, estaba hablando a una mujer samaritana, una mujer despreciada. Ningún judío entraría alguna vez en la casa de un samaritano, ni comería un bocadillo cocinado por un samaritano, ni bebería una gota de agua que proviniera de un utensilio que hubiera sido

tocado alguna vez por un samaritano.

Jesús, mirando a la mujer, dijo: «¿Bajarías el cántaro al agua, y me darías de beber?». Asombrada, la mujer dijo: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?» (vers.º 9).

Sucedió que la mujer había tenido, no uno, ni dos, sino cinco maridos en el pasado. Aun hoy tal cosa sería escandalosa. Además de esto, ahora estaba viviendo con alguien del sexo opuesto, fuera del matrimonio. Estamos hablando del peor de los candidatos a una conversión, de toda la Biblia. Sin embargo, Jesús entró en debate con ella.

La más detallada conversación que se consigna en la Biblia se encuentra aquí mismo. Si uno comienza en Génesis y avanza hasta Apocalipsis, la única conversación más detallada jamás consignada, es la de Cristo hablando a esta mujer que se había casado varias veces. Hablaron de adoración. Ella dijo: «Nuestros padres adoraron en este monte [señalando, sin duda, al Monte Gerizim], y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar» (vers.º 20). Cristo respondió: «Es cierto. Ustedes los samaritanos no saben lo que están adorando. Ustedes está adorando en el monte equivocado. La salvación proviene de los judíos». Cristo corrigió aquel dilema de toda una era en una sola oración.

Jesús, después, le dijo a ella: «Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren» (vers.º 23–24). Ellos hablaron de agua. Cerca de allí estaba el pozo que tenía dos mil años de haber sido cavado. Jesús le dijo: «... el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna» (vers.º 14).

La mujer dijo a Jesús: «Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas» (vers.º 25). Jesús debió de haber fijado los ojos directamente en los ojos de ella, cuando dijo: «Yo soy, el que habla contigo» (vers.º 26). Al oír esto, ella puso abajo su cántaro.

Cuando he viajado a otros países, me he maravillado de las mujeres y sus cántaros. Una mujer puede tomar un enorme cántaro, sostenerlo sobre su cabeza, y caminar perfectamente derecha. La mujer samaritana, elevó las manos, tomó su cántaro, lo puso abajo, y se fue corriendo a la ciudad. Al llegar dijo a los hombres de la ciudad: «Venid,

ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será este el Cristo?» (vers.º 29).

Algo muy maravilloso sucedió. Juan 4 dice que muchos de los samaritanos creyeron en Él por causa de lo que la mujer dijo. Muchos más creyeron por causa de la propia palabra de Él. Esto fue lo que dijeron a la mujer: «Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo» (vers.º 42).

Jesús se quedó dos días en Samaria. Tuvo un avivamiento de dos días. Antes de que se le acabara el tiempo que estuvo allí, una cantidad de personas habían arribado a la fe en Cristo. No es de extrañar que el primer campo misionero en la historia del mundo, fuera de Jerusalén, fue Samaria. En Hechos 8, Felipe fue a este mismo lugar, y muchas personas se hicieron cristianas. Todo comenzó con una mujer, una mujer pecadora junto a un pozo, que dijo: «He hallado al Cristo».

Esta mujer tenía una vida enredada. No conozco modo alguno como ella podía desenmarañar todas las hebras de su vida. ¡Cinco esposos! ¿Cuántos corazones de otras mujeres habían sido destrozados por esta mujer? Me pregunto cuántos hombres les había quitado a otras mujeres. Me pregunto cuántos muchachos de la comunidad habían sido llevados por un sendero escarlata y sensual por esta mujer. Me pregunto cuántas muchachas la habían visto como ejemplo y habían decidido seguir una vida sensual. No hay manera como ella podía desenredar todo esto. ¿Cómo desenreda alguien una vida malgastada?

Hace varios años los periódicos informaron de la muerte de Donnie Moore, un joven lanzador de béisbol. Lo que hacía doblemente triste este suceso no era solamente su juventud, sino también, que había cometido suicidio. La gente trataba de entender por qué aquel joven, que había sido un exitoso lanzador del equipo de béisbol de California, se había matado. Los cronistas deportivos creían que se remontaba a un evento ocurrido en 1986, del cual él nunca se recuperó. Este lanzador había hecho el lanzamiento del homerun que impidió que su equipo pudiera ganar el pase para ir a la Serie Mundial. La gente había sido realmente grosera con él. Los cronistas deportivos lo habrían criticado muy duramente. A su muerte un cronista expresó: «Un breve y devastador instante, y se olvida todo lo que sucedió antes y después».

Podemos enredar nuestras vidas más allá de la recuperación. He aquí una mujer que había vivido con cinco maridos. Había vivido en un

lecho adúltero tras otro. Pero Jesús entró en escena y le dio esperanza al decirle: «Yo te puedo dar agua viva, y no tendrás sed jamás».

CONCLUSIÓN

Esto es lo que el Señor desea darle a usted. Yo no sé dónde se encuentra usted. Lo más probable es que se encuentre en algún lugar entre Nicodemo y la mujer samaritana. Nicodemo está en el tope de la escala social. Uno no puede superar mucho a Nicodemo. Es profesor universitario o magistrado de la Corte Suprema de Justicia. Es un buen hombre con una buena familia, que luce bien y actúa bien. La mujer samaritana lo ha desechado todo. Jesús les dijo a los dos: «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia».

La vida abundante que Jesús promete no es una ilusión. No es algo que alguien persigue hasta que sus costados duelen y luego descubre que es una ilusión y que no existe.

El jerarca de la Facultad de Historia de la Pennsylvania University relató este incidente. Cuando él era niño, cierto día él y su padre plantaron un árbol. Su padre le dijo: «Hijo, cuando

seas anciano, te sentarás debajo de este árbol». El muchacho siguió su vida y llegó a ser profesor de la Pennsylvania University. A menudo pensó en lo que su padre le había dicho. Ya había pasado mucho tiempo que su padre había muerto. Sesenta años después, compró un boleto y viajó dos mil millas hasta donde él y su padre habían plantado el árbol. No podía esperar; la emoción de sentarse debajo del árbol se había apoderado de él. Cuando llegó allí, el árbol no estaba. La familia se había mudado poco después que plantaron el árbol, y este se había marchitado y había muerto poco después que salieron. El árbol había crecido y crecido únicamente en la mente del hombre, pero cuando este llegó al lugar, el árbol no estaba.

¡Oh, las ilusiones de la vida! Pensamos en cómo la vida va a ser cuando hayamos corregido y pagado esto, cuando los hijos hayan crecido y nos hayamos jubilado, y de repente, descubrimos que el árbol que buscábamos no está allí. Pero Jesús dijo: «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia». Cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste, entonces nosotros nos manifestaremos con Él.

Autor: Paul Rogers

© Copyright 2008 por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados